

biando de tono y de lenguaje, pues que ahora muestra tendencias á pedir cosas que antes habia considerado inasequibles.» El documento, no impreso todavía, de Schwarzenberg que Castlereagh acompañó á su despacho número 57, es un escrito muy extenso del cual solo tienen valor para nosotros, en este lugar, un par de párrafos. En él se partía del principio de que Prusia habia cedido á Rusia sus fronteras orientales y á Francia las fronteras occidentales de Alemania; se decia que su nueva frontera en Polonia dejaba tan indefensas á las provincias de la Prusia oriental y de la occidental, que en el momento de una declaracion de guerra por parte de Rusia una y otra se perderian, no pudiendo reunirse las tropas prusianas para la resistencia hasta que llegaran á las fortalezas del Oder; añadia que trasladar al rey de Sajonia al Rhin era entregarle á la Francia; que Prusia, débil por el Oeste y mas todavía por el Este, solo en una direccion parecia fuerte y amenazadora, á saber, contra el Austria; que la línea de Glogau, Torgau y Erfurt era una base fuerte de una línea de ataque contra Bohemia; que una simple mirada echada al mapa demostraba que Dresde y Zittau serian los baluartes de esta base de operacion, y que Praga seria el punto desde el cual podria emprenderse sin dificultad alguna la marcha, en el caso de que se partiera de aquella base; y finalmente que Torgau y Erfurt eran dos distintos puntos de ataque contra Austria que no debian quedar en poder de Prusia, porque solamente podrian servirle para el ataque siéndole de todo punto inútiles para su defensa.

Castlereagh leyó estas observaciones con suma atencion y en seguida, segun él mismo refiere, buscó al príncipe Metternich para decirle lo que le parecia este cambio tan inesperado como injustificado, despues del tratado secreto recientemente firmado y de las negociaciones todavía pendientes sobre el reparto de Sajonia. Los puntos de vista de que partía el documento no eran de buena índole sino que estaban calculados para renovar la discordia y dificultar, si no destruir, todas las probabilidades de arreglo. Aun aceptando que las fronteras orientales de Alemania estuvieran amenazadas por los rusos y que la traslacion del rey de Sajonia á la orilla izquierda del Rhin fuese un peligro para las occidentales, no podia deducirse de esto que la seguridad del Austria exigiera que se arrebataran á Prusia las plazas de Torgau y de Erfurt. Si la cuestion estribaba en evitar el peligro de un ataque de Rusia y Prusia unidas, de nada servian una pequeña fortaleza en el Elba, puesta en manos de una potencia débil, ni una posicion como la de Erfurt, sino que lo que convenia era una contra-alianza con Francia y con Inglaterra, y no una fortaleza aislada mas ó menos allende las propias fronteras. Pero si se trataba simplemente de una guerra entre Austria y Prusia, seria una exageracion calificar de puntos de ataque amenazadores para la primera, las plazas de Torgau y de Erfurt, pudiendo con mucha mayor razon decirse que eran indispensables para la defensa del Estado mas débil y mas diseminado que tenia diez millones de habitantes, contra el Estado mas fuerte y mas compacto que contaba con veinticinco millones. La Sajonia, aunque conservaba cierta independencia entre sus dos poderosos vecinos, pertenecia por su política natural al sistema del Norte. Pues bien, desde el momento en que se tratara de afiliarla al sistema austriaco, parecia que éste seria el medio mas seguro de impulsar á Prusia á que se uniera indisolublemente con Rusia ó con Francia haciendo imposible su nuevo ingreso en la union con Alemania, lo cual á la sazón no era de temer á pesar de la momentánea influencia de Rusia. De no ser Torgau una plaza prusiana, la línea del Elba era incompleta para la defensa de Rusia contra Francia; además una plaza fuerte como Erfurt era indispensable para la monarquía prusiana, cuyo territorio se ex-

tendia desde el Maine hácia el Rhin formando dos masas poco sólidamente unidas en el centro, pues serviria para cubrir su vasta línea de union y tener un punto de apoyo entre Julich allende el Rhin y la línea del Elba. Las dos fortalezas eran indispensables para Prusia si se le queria asegurar, en la distribucion de territorios que se preparaba, una existencia independiente; si así no se le concedia, verifase obligada á buscar su independencia acercándose á un apoyo extranjero y peligroso, apoyo que, de otra suerte, con mas gusto habria de encontrar en el sistema indígena. Rotundamente declaró Castlereagh al príncipe Metternich que por el tratado de 3 de enero no podia contar con el apoyo de Inglaterra para tales proposiciones; que este tratado habia sido una medida decisiva de proteccion cuando Austria podia temer una invasion extranjera si se negaba á reconocer en Sajonia un nuevo rey y á colocar á los predecesores de éste en una situacion funesta para todo el sistema de defensa del Oeste, pero que á la sazón la lucha se limitaba únicamente á cuestiones accidentales y por lo tanto no consentiria él en que su gobierno adoptara por estos motivos medidas hostiles, y finalmente que si el príncipe Metternich queria tener su apoyo no debia sustentar principios como los que se contenian en el documento de Schwarzenberg y que él tenia el deber de combatir. Así se expresaba Castlereagh en su memoria de 22 de enero, sin poder decir nada del resultado de este su primer paso. En 29 habla de los grandes esfuerzos que seguia haciendo para destruir aquel plan antes de que el príncipe Metternich presentara su contra-proyecto de arreglo; y como todas estas cosas habian quedado hasta ahora completamente ignoradas, creemos necesario reproducir lo mas esencial de esta segunda memoria, que arroja una luz completamente nueva sobre la conducta de Castlereagh.

Suponiendo que el partido de Schwarzenberg pudiera prevalecer en el ánimo del emperador y que habia de hacer cuanto le fuera dado para asegurarse su voto, hizo decir confidencialmente al príncipe Metternich que exigia que las negociaciones fuesen nuevamente puestas en el terreno que él consideraba como el verdadero para la paz y para el arreglo y como el único ajustado á los principios segun los cuales el gabinete británico habia firmado el último tratado, pues de lo contrario se creeria obligado á redactar una nota en la que negaria terminantemente haber tomado la menor parte en aquel nuevo paso, librando así á su corte de la violenta alternativa de tener que faltar á su palabra ó de verse envuelta insensiblemente en un sistema diametralmente opuesto á su manera de pensar. Esto podia ser interpretado como firme propósito de solicitar en tal caso una audiencia para conferenciar personalmente con el emperador; y, en efecto, aquella misma noche el príncipe Metternich le manifestó que el emperador deseaba hablar con él á la mañana siguiente. El ministro inglés acudió á la cita y encontró al emperador altamente indignado respecto de la cuestion militar y expresándose en lenguaje mas belicoso que en anteriores ocasiones, á pesar de lo cual escuchó con su acostumbrada amabilidad á Castlereagh cuando éste le demostró que era preciso agotar todos los medios para mantener la paz y que, de no conseguirse ésto, solo podria contarse con el apoyo de Inglaterra en el caso de que el motivo de la guerra estribara en la ejecucion de un principio claro é indiscutiblemente justo ó en contrarrestar algun hecho de fuerza atentatorio al equilibrio de Europa. El emperador volvió á preguntar si la Gran Bretaña le apoyaria primero en el caso de que se negara á otorgar á Prusia las plazas de Torgau y de Erfurt, y segundo en el de que exigiera que por lo menos la primera de estas fortalezas fuese arrasada. Al final de la entrevista, el emperador entregó á Castlereagh un documento escrito de su puño

y letra en el que consignaba lo que en definitiva estaba dispuesto á conceder (1). Castlereagh en términos respetuosos pero concretos contestó á ambas preguntas con una rotunda negativa.

Al dia siguiente, Metternich, en una conferencia que tuvo con Talleyrand, reprodujo su exigencia sobre Torgau y Erfurt, planteándola con toda precision, refiriéndose al asentimiento del emperador. El príncipe Talleyrand le apoyó aunque con moderacion; Castlereagh persistia en su actitud de oposicion, y la entrevista terminó diciendo Metternich que queria tomar las órdenes decisivas del emperador. Ruda fué la lucha que se promovió con motivo de la parte que Prusia debia percibir de Sajonia: en el proyecto de Metternich se le señalaba una tercera parte del territorio total de este reino; Castlereagh dijo que seria muy duro para el ministerio británico, que no podia tener mas interés que el de evitar la guerra á todas las potencias continentales y especialmente al Austria, el tenerse que imponer la odiosa mision de adoptar medidas rigurosas contra Sajonia, pero que aun cuando hacia cuanto estaba en su mano para proteger á la familia real sajona contra rigores innecesarios, no seria él quien sacrificara la paz de Europa á la consideracion de que Sajonia tuviera 200 ó 300,000 súbditos mas ó menos. Discutióse luego el contra-proyecto que Metternich queria hacer prevalecer, y Castlereagh, teniendo en cuenta el ofrecimiento del emperador Francisco de hacer objeto de negociaciones la adquisicion de Tarnopol, consintió en que se señalaran á Sajonia fronteras mas favorables, declarando, sin embargo, que no aceptaria ningun reparto por el cual se exigiera que Prusia renunciara á las fortalezas de Torgau y de Erfurt. A la mañana siguiente díjole Metternich que el emperador, á pesar del consejo militar que se le habia dado, estaba dispuesto á consentir que Torgau y Erfurt pasaran á poder de Prusia (2) si el ministro británico declaraba que esto era necesario para llegar á un arreglo amistoso y digno, pero que esperaba que Prusia se manifestaria prudente y conciliadora en otros puntos y no insistiria, especialmente, en la cesion de Leipzig. En seguida los tres ministros fijaron el proyecto de reparto que habia de presentarse, con la salvedad por parte de Castlereagh de que no se consideraria como *ultimatum* sino como proposicion para deliberar. «En todas estas discusiones, — dice el ministro británico, — el ministro francés tomó parte de una manera digna y razonable;» (*a fair and not an unreasonable part*).

Fijada para el dia 28 de enero la sesion general que habia de celebrarse con los plenipotenciarios de Rusia y de Prusia, Castlereagh aprovechó el poco tiempo que quedaba para

(1) El texto de este documento dice: «Para zanjar todas las diferencias de una manera justa y conveniente para todos los partidos, se propone arrasar á Torgau, fortaleza nueva y no terminada todavía, por lo mismo que el sistema de defensa de Prusia está completo con Wittenberg y Erfurt. El emperador de Austria, deseando dar, por otra parte, á Prusia una prueba del interés que le inspira su reconstruccion, conforme á la escala prevista por los tratados, propone cederle en el distrito de Tarnopol el mismo número de habitantes que Rusia agregue á las fronteras de Prusia en Polonia.» Pieza adjunta al despacho de Castlereagh, número 63, de 29 de enero de 1815.

(2) En 27 de junio escribió Metternich á Schwarzenberg: «Mañana entrego nuestro contra-proyecto, que no salvará á Torgau, pues Inglaterra, en vez de apoyarnos en este asunto, se nos ha declarado contraria. Durante estos últimos dias he disputado mas que en toda mi vida.» Metternich: *Participacion de Austria*, pág. 823. Véanse en la misma obra, pág. 515, las palabras de Gentz: «Las principales dificultades surgen especialmente en lo relativo á la importante plaza de Torgau, á cuya cesion se opone tenazmente el Austria, oposicion que lord Castlereagh considera como nimiedad. Los caudillos militares austriacos que opinan de muy distinta manera y que, además, están indignados y excitados con la conducta de Rusia y de Prusia, comienzan á pedir la guerra, siendo precisa toda la habilidad de Metternich para evitar que el emperador se deje arrastrar por sus consejos.»

preparar la aceptacion de la proposicion de los tres. Al efecto comenzó por avistarse con el príncipe Hardenberg, á quien suplicó que no le dijera nada sino que le escuchara tranquilamente y meditara despues maduramente lo que tenia que proponerle, despues de lo cual analizó los principios fundamentales que habian servido de base al contra-proyecto, teniendo en consideracion el número de habitantes y la cohesion de los territorios de los lotes y procurando destruir los recelos que esperaba encontrar en el ministro prusiano. Refirióle lo mucho que le habia costado conseguir que Austria consintiera en que las fortalezas de Torgau y de Erfurt pasaran á poder de Prusia, en interés de la seguridad militar de ésta, y exigió luego concretamente que Prusia renunciara á Leipzig. Hardenberg contestó negativamente en términos muy enérgicos, diciendo que este trofeo (*trophy*) no podia ser cedido, pues Prusia necesitaba, por lo menos, una de las capitales de Sajonia, y que por lo que á él se referia no podria regresar á Berlin bajo el peso de la vergüenza de tal renuncia (*under such a mortification*). Castlereagh le replicó que precisamente lo que una política prudente aconsejaba á Prusia era no codiciar ninguna de las dos capitales, estando en su propio interés no crear dos Sajonias (*two Saxonies*), pues de lo contrario, una de éstas seria siempre austriaca y hostil á la otra. Añadióle que lo que Prusia debia procurar era que todas sus adquisiciones fuesen lo mas prusianas posible y dar al Estado que quedara existente toda la unidad que pudiera, tratándole con dulzura para que mas tarde ó mas temprano se convirtiera en partidario de Prusia, la cual obtendria entonces las ventajas de ambos. Hízole ver que Prusia se perjudicaria si extremaba demasiado sus pretensiones sobre Sajonia, pues que perderia el apoyo de algunas grandes potencias, retardaria el consentimiento del monarca sajón, si es que no lo hacia imposible, y atraeria sobre sí los sentimientos hostiles de la nacion sajona. Díjole, finalmente, que las disposiciones de ánimo de Berlin no eran tan esenciales como las de la Gran Bretaña, Francia, Austria y Alemania, y que si el gobierno británico hubiese concedido á los sentimientos populares mas atencion de la que la moderacion y la prudencia imponian, Inglaterra se encontraria entonces en guerra con América persiguiendo un objetivo no esencial para su honor que, aun en el caso de ser conseguido, no compensaria los sacrificios de una larga guerra (3). Aquella misma noche fué recibido Castlereagh por el emperador Alejandro, y por la manera cómo éste acogió sus manifestaciones, le fué fácil comprender que aprobaba el arreglo y que deseaba que tambien lo aprobara Prusia. Para obtener mas seguramente el consentimiento de esta potencia, aconsejó Castlereagh que Rusia le hiciera alguna concesion en el ducado de Varsovia, á lo cual contestó Alejandro recordando las promesas que habia hecho á los polacos y que le vedaban hacer mayores concesiones en este país. A pesar de esto, Castlereagh comprendió que sobre este punto no se habia pronunciado todavía la última palabra.

En la cuarta sesion que el dia 28 de enero celebró la comision de los cinco, el príncipe Metternich presentó el contra-proyecto que ya habia discutido con Talleyrand y con Castlereagh: en él se calculaban en 3.400,065 habitantes las pérdidas sufridas por Prusia en 1805 y se le asignaban, como compensacion, 3.466,624, en la forma siguiente:

1. En Polonia, segun la estadística prusiana. . . . .	810,268
2. En los países de la izquierda del Rhin. . . . .	1.044,156
3. En la Alemania del Norte. . . . .	829,952
4. En Sajonia. . . . .	782,248
	3.466,624

(3) La paz entre Inglaterra y América habia sido firmada en Gante, en 24 de diciembre de 1814.

La porción de Sajonia asignada á Prusia era la parte menos poblada del país, pero abarcando como abarcaba una superficie de 381,000 millas cuadradas, venia á representar mas de la mitad de la superficie del reino.

El documento de Metternich contenia el siguiente párrafo en que se combatia la traslacion del rey de Sajonia al Rhin: «Si este príncipe conserva sus territorios patrimoniales estará con todos sus medios y sin resistencia alguna dentro del sistema alemán, al paso que si se le traslada al Rhin habrá de sucumbir, dado el estado actual de las cosas, á la influencia del extranjero; y ¿cómo es posible que el rey de Sajonia ó sus sucesores, una vez privados violentamente del poder que tuvieron sus padres, renuncien para siempre á sus pretensiones y á la esperanza de ver aparecer circunstancias felices que puedan traerles de nuevo al país de sus mayores? Esta sola consideracion debería bastar para no consentir en que una dinastía despojada de lo suyo fuese trasladada á uno de los puntos mas importantes de la patria alemana comun, aunque no existieran todos los demás motivos que han inducido al emperador á renunciar á poner de nuevo bajo su cetro á las antiguas provincias belgas y movido á las potencias, en virtud de razones liberales y ajustadas á los principios de un equilibrio justo, á robustecer con estas provincias á la Holanda.»

La contestacion de Prusia fué notificada en la quinta sesion que el día 8 de febrero celebraron los plenipotenciarios de las cinco potencias (1): con ella se anunciaba el feliz éxito del arreglo relativo á la gran cuestion litigiosa que por espacio de tantos meses habia pesado sobre el congreso y sobre la paz apenas alcanzada. El emperador Alejandro habia renunciado en favor de Prusia á Thorn y á sus alrededores, y lord Castlereagh habia agregado al lote de Prusia 50,000 habitantes de los territorios destinados á Holanda y dejándole otros 50,000 del aumento que Prusia debia á Hannover (2). Prusia, pues, recibia por un lado los territorios rhinianos y por otro los sajones, que se le concedian en el plan de 28 de enero, y los recibia con la siguiente declaracion: «Desde el punto de vista militar, ofrece el contra-proyecto indiscutibles ventajas que Prusia no desconoce y que favorecen especialmente á la línea del Elba. Por otra parte, la costosa y difícil defensa de las adquisiciones que Prusia haga en el Rhin significa un verdadero debilitamiento. S. M. acepta la carga que constituyen estos países únicamente por servir al bienestar general, y estaria dispuesto á renunciar á ellos si se le asegurase toda la Sajonia ó si estas apartadas provincias pudieran ser permutadas por otras menos extensas pero que estuvieran en mas íntima cohesion con el resto de la monarquía.» Con la incaucion de los territorios del Rhin por Prusia estaban de acuerdo, además de ella misma, todas las potencias incluso el rey de Francia, Luis XVIII, quien ya en 15 de enero habia escrito á Talleyrand: «A pié firme espero al general Pozzo di Borgo. Si se tratara de algun príncipe que no fuera ya

(1) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 706-726.

(2) Segun el tratado de Reichenbach. Respecto de los trabajos realizados por Castlereagh en estos dias, dice Gentz, en un documento de 12 de febrero de 1815: «Esta cuestion litigiosa no estaria aun resuelta y hubiera necesitado quizás otras cuatro semanas de negociaciones si una circunstancia especial é imprevista no le hubiese puesto término. Esta circunstancia fué el llamamiento de lord Castlereagh á Londres. Como este ministro no queria perder el fruto de su difícil trabajo, ni salir de Viena sin haber dejado arreglada la cuestion de Sajonia, hizo esfuerzos prodigiosos para conseguir esta solucion, desplegando con tal motivo una actividad extraordinaria y una perseverancia sin igual, y trabajando día y noche ora con el rey de Prusia y con el emperador de Rusia, ora con el príncipe Metternich y el príncipe Hardenberg. Gracias á todo esto, consiguió el día 6 de febrero ponerse definitivamente de acuerdo con este último respecto del convenio que vino á resolver definitivamente esta importante cuestion.» Metternich: *Participacion de Austria*, páginas 515-516.

soberano, con gusto le dejaria crear un pequeño Estado vecino al mio; pero por lo que se refiere al rey de Sajonia, no seria yo quien le tendiera la mano para ello, aun en el caso de que él accediera (3).»

El mismo día 8 de febrero en que los ministros de las cinco potencias terminaban la cuestion de Sajonia y Polonia, las ocho potencias que habian firmado la paz de Paris publicaron una declaracion solemne acerca de la abolicion de la trata de negros (4).

Aquella comision de las cinco y esta comision de las ocho potencias fueron las dos únicas corporaciones que tomaron parte en los trabajos del congreso europeo de Viena. Este congreso no fué un «congreso general» en el sentido estricto de la palabra, tal como habia de ser el que, en virtud del artículo 32 del tratado principal de 30 de mayo, tenia que terminar la obra incompleta de paz. Los plenipotenciarios de todas las «potencias» que habian tomado parte en la guerra habian correspondido á la invitacion que se les dirigió, sin mirar si el nombre de «potencia» podia ó no aplicarse á sus respectivos poderdantes; además, habíanse tambien presentado los plenipotenciarios no invitados de los antiguos inmediatos imperiales, ex-príncipes, comunidades y corporaciones de toda clase. El número de los primeros ascendia á noventa, el de los últimos á cincuenta y tres (5), pero ni siquiera los primeros intervinieron en comun en las tareas del congreso. La «apertura formal del Congreso de Viena», que un rescripto de 8 de octubre de 1814 habia fijado para el día 1.º de noviembre (6), no se verificó ni en éste ni en ningun otro día: tampoco se realizó la ceremonia de «la entrega y examen de los poderes de los ministros, diputados y agentes acreditados para el Congreso», que oficialmente habia sido anunciada para el 1.º de noviembre (7). El «congreso general» no llegó á constituirse nunca, ni nunca se reunió, y por lo mismo, ni pudo celebrar ninguna sesion ni adoptar ningun acuerdo. Únicamente se firmaron tratados aislados entre gabinete y gabinete, canjeándose naturalmente con este motivo los poderes; únicamente tambien se reunieron las comisiones para objetos determinados, pero las dos únicas que trataron cuestiones generales europeas fueron la de las cinco y la de las ocho potencias, en cada una de las cuales Francia habló y procedió como potencia de primer orden.

Los trabajos para los cuales habian creído los monarcas necesaria su presencia habian quedado terminados, y en punto á asuntos de importancia faltaban tan solo los relativos á la indemnizacion de Baviera, á la Constitucion de Suiza, á la Constitucion de la Confederacion germánica y la cuestion napolitana. El emperador Alejandro se dispuso á partir y Federico Gentz dirigió al congreso una especie de manifiesto de despedida en que decia: «Podemos tener paz por dos años, pero no puedo garantizarla por mas tiempo. La mejor garantía para su duracion y quizás la mayor fortuna para Europa es actualmente el miedo que todos los gobiernos tienen de enredarse en nuevas incertidumbres y, para decirlo todo en pocas palabras, la casi igual debilidad de todos los que dirigen los grandes negocios de Estado. El que ha sido testigo de los últimos acontecimientos, y, sobre todo, de lo ocurrido en el congreso de Viena, no se admira ya de que un hombre de hierro como Bonaparte pudiera sojuzgar á toda la Europa, y habríamos de temblar por el porvenir si en la actualidad la mediocridad de los unos no estuviera

(3) Pallain: *Corresp.*, pág. 227.

(4) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 726-727.

(5) Véase la lista de nombres en Angeberg-Capefigue, tomo I, páginas 255-264.

(6) Kluber: *Actas*, tomo I, págs. 33-35.

(7) Kluber: *Actas*, tomo I, págs. 37-38.

casi perfectamente equilibrada con la mediocridad de los otros (1).»

En la mañana del 6 de marzo cayó como un rayo en el congreso la noticia de que Napoleon habia huido de Elba. El príncipe Metternich fué quien primero tuvo conocimiento del hecho por una comunicacion «urgente» que el cónsul general austriaco en Génova le habia expedido y que en seis líneas decia: «El comisario inglés Campbell acaba de presentarse en el puerto para enterarse de si Napoleon se ha dejado ver en Génova, pues ha desaparecido de la isla de Elba, y habiéndole contestado la fragata inglesa negativamente, en seguida se ha hecho á la mar.» El príncipe Metternich, que en

la noche anterior habia asistido á una sesion de la comision de los cinco que habia durado hasta las tres de la madrugada, estaba todavia en la cama cuando, á las siete y media, abrió el parte del cónsul, y vistiéndose sin pérdida de momento fué á ver al emperador Francisco, que le recibió antes de las ocho y que, despues de haber leído el despacho, le dijo tranquilamente: «Napoleon quiere, al parecer, representar el papel de aventurero: tal es su mision. La nuestra es asegurar la tranquilidad del mundo, por él durante tantos años perturbado. Id á ver inmediatamente al emperador de Rusia y al rey de Prusia y decídeles que estoy dispuesto á ordenar á mi ejército que se dirija á Francia. No dudo que ambos mo-



El congreso de Viena: agitacion extraordinaria de los diplomáticos al saber la noticia del desembarque de Napoleon

narca estarán de acuerdo conmigo (2).» Un cuarto de hora despues Metternich estaba delante del emperador Alejandro, el cual se expresó en los mismos términos que el emperador Francisco. Sin discusion se acordó adoptar las mas enérgicas medidas. Desde la escena que ya conocemos (3), es decir, desde hacia casi tres meses, el emperador Alejandro y Metternich no habian vuelto á verse ni á hablarse. El primero, dirigiéndose al segundo, le dijo: «Tenemos que arreglar todavia una cuestion personal: los dos somos cristianos y nuestra santa ley nos ordena perdonar las ofensas; abracémosnos, pues, y quede todo olvidado.» Metternich contestó que él, por su parte, nada tenia que perdonar y si únicamente que olvidar algunos accidentes penosos, y que en toda justicia el emperador debia encontrarse en el mismo caso, por lo cual no aceptaba el perdon, pero proponia el olvido. El empera-

dor le abrazó y se despidió de él suplicándole que volviera á ser su amigo (4). A las ocho y media, Metternich oía idénticas manifestaciones de labios del rey Federico Guillermo. Cuando á las nueve regresó á su casa, encontró en ella al príncipe Schwarzenberg, á quien entretanto habia enviado á buscar, y á las diez reuníanse, por indicacion suya, los ministros de las cuatro potencias. A la misma hora marchaban los ayudantes en todas direcciones para ordenar á las divisiones del ejército que se retiraban que hicieran alto inmediatamente. Cuando llegaron los ministros no sabian nada todavia. Talleyrand, que fué el primero en acudir, leyó el despacho de Génova sin inmutarse y preguntó simplemente: «¿Sabeis hacia dónde se dirige Napoleon?» Metternich contestó: «El despacho nada dice sobre este punto.» Talleyrand: «Desembarcó en un punto cualquiera de la costa de Italia (5) y se

(4) Metternich: *Papeles*, tomo I, págs. 328-329.

(5) Talleyrand escribia aun en 7 de marzo al rey: «La direccion que ha tomado, la del Norte, parece indicar que se dirige hacia Génova ó hacia el Mediodía de Francia. No puedo creer que se atreva á intentar algo contra nuestras provincias meridionales.» *Corresp.*, pág. 319.

(1) Memorial de 12 de febrero, en Metternich: *Participacion del Austria*, pág. 524.

(2) Metternich: *Papeles*, tomo I, pág. 210.

(3) Véase anteriormente.